

10. Mychal Denzel Smith *

El regreso de la furia negra

El 2 de septiembre de 2005 se hicieron dos afirmaciones que después se volvieron habituales en nuestro lenguaje cultural y político. Las dos resumen las formas en que entienden el desastre del huracán Katrina estadounidenses de diferentes perspectivas. La primera es de George W. Bush. Cinco días después de que Katrina arrasara la región de la Costa del Golfo, el Presidente aterrizó en Louisiana; en ese momento lo criticaban mucho por la lentitud de la reacción de su administración frente a la catástrofe. En su recorrida por el Estado con Michael Brown -director de la agencia federal que se dedica al manejo de emergencias FEMA (por su sigla en inglés) y el único que recibió críticas más duras que él-, Bush se dirigió al hombre que él había puesto a cargo de la ayuda para los damnificados y le dijo: "Brownie, qué gran trabajo estás haciendo". Parte del atractivo de Bush es y siempre fue su rusticidad, pero en este caso, eso no es consuelo. El comentario sirvió solamente como un ejemplo más de su ineptitud.

* Traducción realizada por Pilar Blanco, supervisada y corregida por Margara Averbach. Original: *The Rebirth of Black Rage: From Kanye to Obama and black again*, de Mychal Denzel Smith, *The Nation*, 13 de agosto de 2015, <http://www.thenation.com/article/the-rebirth-of-black-rage/>

La otra declaraci3n –a la que, más tarde, Bush llamara el peor momento de su presidencia-- surgi3 en un instante inesperado y vino de una fuente bastante inesperada.

Esa misma tarde, despu3s del comentario de Bush sobre el "gran trabajo", la NBC hizo lo que hacen las cadenas de televisi3n en los desastres y organiz3 una marat3n televisiva con celebridades. En esa marat3n aparecieron Faith Hill, Harry Connick Jr., Claire Danes, Hilary Swank, Lindsay Lohan, Leonardo DiCaprio y otros junto a imágenes de la desesperaci3n que se transmitían en vivo desde el Golfo, Nueva Orleans en particular.

Kanye West, uno de los presentadores más populares del país en ese momento, fue otro de los invitados. Estuvo junto a Mike Myers, famoso por el personaje de Austin Powers y por haber sido la voz de Shrek. Myers ley3 en un *teleprompter* una declaraci3n sobre el sufrimiento en Nueva Orleans. La idea era tratar de generar compasi3n antes del gran momento. Cuando le toc3 a West, él se desvi3 del gui3n y comenz3 a hablar desde el coraz3n.

"Odio la forma en que nos describen en los medios. Si ven una familia negra, dicen 'están saqueando'. Si ven una familia blanca, dicen 'están buscando comida'. Y, saben?, pasaron cinco días sin reacci3n porque la mayor parte de los que viven en la ciudad son negros...En los Estados Unidos, la ayuda a los pobres, los negros y los que menos tienen se hace con la mayor lentitud posible".

Myers intentó recomponer la situación y volvió al guion del *teleprompter*. Seguramente, los de la sala de control de la NBC estaban esperando que West hiciera lo mismo. Tal vez no estaban familiarizados con su reputación de descarado; tal vez pensaron que tendría un poco más de control para favorecer la solidaridad. Pero Kanye no había terminado: necesitaba decir lo que se convertiría en uno de los momentos más grandiosos de la televisión en vivo para mi generación. Habló como si estuviera leyendo del *teleprompter*, con una cadencia entre rígida y natural, miró fijo a la cámara y dijo: “A George Bush no le importan los negros”.

Si eso hubiese pasado por lo menos cinco años antes, habría servido para que lo repitieran mil veces muchos comediantes; incluso habría sido parte de algunas retrospectivas de fin de año. Y se habría convertido en una nota al pie cultural, un momento “ver para creer” de la televisión. Sin embargo, en septiembre de 2005, la generación del milenio ya estaba tomando mayor control de lo que consumíamos en los medios; nosotros estábamos decidiendo por nosotros mismos qué momentos eran fugaces y cuáles eran definitivos. Ese mismo año, un tiempo antes, se había lanzado YouTube y ya se estaba poniendo de moda; era más común la idea de Internet como proveedora de videos a pedido. Yo había vuelto al campus para cursar mi segundo año en la universidad cuando transmitieron esa maratón, y durante varias semanas, si alguien decía que se había perdido las declaraciones de Kanye, siempre había otro que sacaba la computadora portátil, buscaba rápidamente en Google y ponía al

aire el video para una multitud de espectadores. Facebook, fundado el año anterior, todavía no soportaba enlaces de videos, pero todos publicábamos chistes sobre West, Bush o la falta de interés y cuidado hacia la población negra en el muro de los demás. Con todas esas posibilidades tecnológicas y con la declaración política más breve del año, West se congració con una generación de jóvenes a los que ya les gustaba su música, pero que ahora veían en él a la primera expresión verbalizada de nuestra furia negra en un escenario nacional.

Para el momento en que mi generación llegó a la adultez, la furia negra había desaparecido prácticamente del panorama cultural y político. Las aspiraciones de la clase política negra se habían desplazado del enojo que impulsó la lucha por los derechos civiles y la era del Poder Negro hacia la búsqueda de influencia en la política electoral. Y la furia negra no se traduce en votos. Jesse Jackson había pasado de militante y organizador a candidato presidencial, mientras en Oakland, Nueva Orleans, Chicago, Baltimore, Nueva York y muchas otras ciudades llegaban los primeros negros a las intendencias. Y en Virginia, mi estado natal, Douglas Wilder se convirtió en el primer negro electo gobernador. El reverendo Al Sharpton seguía dominando la atención de los medios pero sus expresiones de furia quedaron diluidas por su estatus de militante famoso y su personalidad exagerada que lo convirtió en blanco perfecto de todo tipo de burlas.

Hacia tiempo que el mundo del hip-hop del que había salido West había extirpado la ira política en favor de las narraciones sobre la satisfacción de los deseos materiales. Por supuesto, siempre había artistas como Dead Prez y The Coup, grupos musicales con un mensaje radical y socialista del tipo del Poder Negro, pero ya no había días en los que Public Enemy y NWA vendieran millones de discos sobre la furia negra y fueran, al mismo tiempo, parte de la corriente cultural estadounidense dominante o "mainstream". Ára cuando Kanye West empezó a ser protagonista, aunque Ice Cube ya había destrozado el *ranking* de la revista *Billboard* con un álbum que incluía la canción "I Wanna Kill [Uncle] Sam", ("Quiero matar al [tío] Sam"), la mayoría de los raperos buscaban una canción igual a "In da Club" ("En el club").

Eso es lo importante del comentario de West: "A George Bush no le importan los negros". Ese tipo de expresión retórica de la furia negra quedó al margen durante la mayor parte de la década de 1990, una década relativamente próspera, cuando ya no había un Reagan o un Bush que identificar como enemigo, y a los chicos de la nación se les enseñaba que, en esencia, el racismo se había acabado porque estábamos comprometidos con la celebración del multiculturalismo.

Bush (hijo) demostró que era un enemigo más fácil de enfrentar que su predecesor demócrata, pero los nombramientos históricos de Colin Powell y Condoleezza Rice le dieron una pantalla simbólica que llegamos a aceptar como prueba de que el racismo ya no era un factor importante. En

2001, cuando Bush asumió el cargo, una encuesta de Gallup mostró que el treinta y dos por ciento de los negros creía que "las relaciones entre negros y blancos" se resolverían con el tiempo, y, en 2004, esa cifra había aumentado a cuarenta y tres por ciento.

En su más poderosa expresión, la furia negra arranca de raíz ese tipo de pavadas. La furia negra se anuncia en la Convención de la Mujer en Akron, Ohio, y dice: "¿No soy yo una mujer?". La furia negra se levanta en el monumento a Lincoln frente a una multitud de cientos de miles y dice: "Estados Unidos dio a los negros un cheque sin fondos, un cheque que volvió rechazado y marcado con la leyenda "fondos insuficientes". La furia negra dice a la Convención Nacional Demócrata: "Estoy harto de estar harto". La furia negra dice: "a la mierda la policía" y "a luchar contra el poder".

En el mejor de los casos, la furia negra pone el foco en las principales preocupaciones de los negros estadounidenses y proporciona una crítica radical del sistema de racismo que mantuvieron y mantienen todas nuestras instituciones y que explican por qué ser negro en los Estados Unidos es una forma especial de infierno. Pero esa furia no sólo recuerda la injusticia: también lleva a la acción, desata movimientos y los impulsa en el tiempo. Por lo menos, la expresión pública de la furia negra permite que las comunidades y las personas que se sienten aisladas dentro de su propia rabia sepan que no están solas.

Eso es lo que logró West en la maratón. Su frase se repitió una y otra vez, se adoptó

como jerga callejera que se adecuaba a cualquier situación porque el momento puso en palabras el dolor que sentimos todos cuando vimos en televisión la pesadilla de Nueva Orleans después de que Katrina tocara tierra. Cuando se rompieron los diques y creció el agua, una ciudad llena de negros intentó vadear la situación a su manera. Por sí misma. En uno de los países más ricos del mundo, el Estado dejaba morir a los enfermos, a los jóvenes, a los ancianos. Los medios de comunicación hablaban de los que trataban de sobrevivir como si fueran salvajes (un estudio realizado por el lingüista Geoffrey Nunberg mostró que en los artículos utilizaban "refugiado" o "evacuado" para describir a los sobrevivientes, "refugiado" tendía a aparecer más veces —sesenta y ocho contra treinta y dos por ciento— en historias que también mencionaban a "pobres" y/o "negros"). Y uno no podía dejar de pensar, porque sabía que era cierto, que si esa hubiese sido una ciudad con más población blanca, no habríamos tenido tantas muertes ni tanta destrucción, o por lo menos se habría sentido mucho más alivio más tarde.

Cuando West dijo: "A George Bush no le importan los negros", no estaba hablando sólo de George W. Bush. Era una acusación a los Estados Unidos, que no se preocupan por los negros, y eligen un presidente que continúa con esa tradición.

Unos años más tarde, hubo una señal que indicó que la furia negra a la que dio voz Kanye tal vez se convertiría en un movimiento. En 2007, hubo jóvenes de color que lideraron la búsqueda de justicia

para los Jena Six¹³⁴ (los "Seis de Jena"), un grupo de adolescentes en Jena, Luisiana, acusados de intento de asesinato por lo que era una pelea en el patio de la escuela y nada más. Miles de jóvenes negros usaron las redes sociales para dar a conocer el caso, aparecieron todos los días nuevos grupos de Facebook dedicados a la justicia por los Jena Six durante el verano de 2007. Cientos viajaron a Luisiana, y miles marcharon en el día en que se sabía que condenaría Mychal Bell¹³⁵; se lo había declarado culpable de cargos menores, sí, pero lo suficientemente graves para enviarlo a prisión hasta por veintidós años. Miles de estudiantes organizaron protestas en sus universidades en solidaridad con esos jóvenes. Al Sahrpton lo llamó el "principio del movimiento de derechos civiles del siglo XXI". En ese momento, realmente se sentía de ese modo.

Y entonces apareció Barack Obama.

En 2008, los jóvenes negros salieron a votar por Obama a niveles históricos; querían ayudar a que él se convirtiera en el primer presidente negro de los Estados Unidos. Pero eso significaba que la energía militante que se había construido desde el huracán Katrina y que había aumentado de fuerza con el caso de los Jena Six, se estaba redirigiendo a la política electoral y a los mensajes de Obama como candidato. La furia negra se estaba convirtiendo en esperanza negra. A primera vista, eso no es

¹³⁴ Jena Six: un grupo de seis adolescentes afroestadounidenses a los que se acusó de intento de homicidio por el ataque a un joven blanco en la escuela secundaria *Jena High School* en Luisiana el 4 de diciembre de 2006.

¹³⁵ Mychal Bell, único de los seis jóvenes al que se enjuició.

del todo malo, pero la marca particular de esperanza negra que representaba Obama era una que, en general, silenciaba la rabia negra y sus posibilidades.

La primera vez que eso se hizo evidente fue durante el famoso discurso de Obama sobre la raza. Durante la campaña de 2008, el entonces senador tuvo que hacer frente a la controversia que había surgido en torno a su asistencia a la iglesia de la Trinidad Unida de Cristo en Chicago, presidida por el reverendo Jeremiah Wright. El pastor estaba en el centro de atención después de las cintas descubiertas por ABC News en la que se le oyó decir cosas como "Que Dios maldiga a los Estados Unidos por tratar a nuestros ciudadanos como menos que humanos. Que Dios maldiga a los Estados Unidos cuando actúa como si fuese Dios, como si fuese Supremo". Los opositores utilizaron la asociación de Obama con Wright para pintarlo como una especie radical negro, obviamente no apto para la presidencia. Obama necesitaba distanciarse del pastor que lo había casado y que había bautizado a sus hijos.

Lo logró con lo que se conoce como el "discurso sobre la raza en Filadelfia". En ese discurso, Obama denunció la retórica incendiaria de Wright, diciendo que sus palabras tienen el "potencial... para ensanchar la brecha racial" y que, obviamente, él no acordaba con todas las opiniones de quien había sido su pastor. Pero también dijo que Wright era casi de su familia y que los Obama no podían renegar de él.

Al instante, el discurso se consideró un clásico, un tratado sobre la raza que todos

necesitábamos oír del primer candidato presidencial negro viable en la historia de los Estados Unidos. Pero también fue el primer gran discurso del primer candidato presidencial negro viable que arrojaba agua sobre la furia negra.

--Quizás esa furia no quede expuesta en público, delante de compañeros de trabajo blancos o amigos blancos --dijo Obama --. Pero encuentra su voz en la peluquería o en el salón de belleza o en la mesa en el comedor. A veces, los políticos explotan esa furia para conseguir votos según criterios raciales o para compensar sus propios fracasos...

"Esa furia no siempre es productiva; de hecho, con demasiada frecuencia, distrae la atención de la solución de problemas reales; nos impide enfrentar de lleno nuestra propia complicidad en el problema de nuestra condición como afroestadounidenses; impide a la comunidad afroestadounidense forjar las alianzas que necesita para lograr un cambio real.

No es así. La furia negra es hacer responsable a los Estados Unidos. No distrae "la atención de la solución de problemas reales"; al contrario, ilumina esos problemas y pide a los Estados Unidos que hagan frente a sus propias raíces. Si la furia negra impidió que se forjaran alianzas, probablemente, esas alianzas no son las que hubieran logrado demasiado avance por el camino del progreso.

Como presidente, Obama siguió quitándole fuerza a la furia negra justo en momentos en que las razones de esa furia se

acumulaban a simple vista. Para ser justos, su trabajo como presidente no es representar a los negros de Estados Unidos; y si alguna vez registrara cualquier tipo de furia en el cargo, la aceptara, eso empeoraría la fama de racista que ya pesa sobre él. Sin embargo, eso no significa que fuera necesario para él hacer que la furia negra pareciera injustificada o indigna. Para muchas personas, él como presidente habla con una autoridad moral distinta. Porque es el primer presidente negro, esa autoridad moral se vuelve todavía mayor cuando habla de raza.

Cuando se arrestó a Henry Louis Gates hijo¹³⁶ frente a su propia casa, la respuesta de Obama fue invitarlo al jardín de la Casa Blanca para un encuentro en el que tomaron cerveza con el policía que lo detuvo: así, Obama envió un mensaje a la sociedad y el mensaje afirma que los estereotipos raciales, bah, no son tan graves... Ni siquiera importó que eso le sucediera a un célebre profesor de Harvard y documentalista del servicio público de radiodifusión (PBS, por su sigla en inglés), ni que ese profesor fuera un representante de la forma en que la parte principal de la sociedad estadounidense acepta a los negros y los asimila; ni que el propio Gates hubiera participado de la furia negra. La solución de Obama fue calmar la furia

¹³⁶ Se detuvo a Henry Louis Gates hijo el 16 de julio de 2009 en su casa por “conducta desordenada”, después de que un oficial blanco de la policía de Cambridge recibiera una llamada de alerta de un vecino que vio al académico forzando la puerta de su propia casa. El vecino lo confundió con un ladrón. Gates es un intelectual muy reconocido y autor de un libro teórico fundamental para la literatura afroestadounidense, *The Signifying Monkey*.

negra, reunirse con una pinta de cerveza y hablar.

Esa desvalorización de la furia negra se pareció todavía más a la traición cuando Obama utilizó la tragedia de la muerte de Trayvon Martin y la posterior absolución de George Zimmerman¹³⁷ para reforzar ideas tradicionales sobre la criminalidad masculina negra. Al principio, en las observaciones que hizo después del veredicto, Obama se atrevió a hacer algo que no había hecho nunca ningún presidente: habló de la muerte de Martin en términos muy personales, incluyó su propia experiencia en cuanto a sufrir discriminación racial por parte de la policía y vivir con la carga de los estereotipos que se atribuyen a los jóvenes negros. Esa parte del discurso es parte de lo mejor de tener un presidente negro. Pero después cambió de dirección y dijo: “Creo que la comunidad afroestadounidense no es ingenua y entiende que, estadísticamente, era más fácil que a Trayvon Martin lo fusilara alguien de su propia raza y no alguien de otra”.

Las falsas equivalencias morales de ese tipo son un patrón para el presidente cada vez que se debate acerca de la raza y el racismo. Aunque Obama, como primer presidente negro, estaba en una posición única para relacionar la historia de Martin con la suya, también estaba en una posición única para hablar con autoridad sobre las formas en

¹³⁷ En la noche del 26 de febrero de 2012 en Florida George Zimmerman mató a Trayvon Martin. Martin era estudiante de secundaria de 17 años y afroestadounidense. Zimmerman, un indígena de veintiocho años que coordinaba la vigilancia de la comunidad cerrada donde se alojaba Martin y donde se produjo el tiroteo.

que el racismo construyó y sigue construyendo a los Estados Unidos como país. El problema es que, incluso cuando Obama hizo lo que debía, lo consiguió haciendo que las fallas morales percibidas de los negros estadounidenses fueran parte de esa historia al mismo nivel que el racismo. Su retórica da argumentos para los que creen que la furia negra contra el racismo no tiene razón de ser.

La muerte de Martin y la absolución de Zimmerman también significaron un punto de inflexión. Es simple: la generación que oyó decir a Kanye West “A George Bush no le importan los negros” y que después, impulsó el voto al primer presidente negro y vio cómo los Estados Unidos seguían adelante, sin preocuparse por los negros está muy harta. A medida que las muertes de jóvenes negros y desarmados siguen convirtiéndose en titulares y los medios sociales proponen funerales en *hashtags*, la esperanza se ha convertido en desesperanza y la desesperanza, en furia. Esa fue la furia que consumió las calles de Ferguson cuando asesinaron a Michael Brown; que incendió las calles de Baltimore cuando mataron a Freddie Gray; y que llevó a Bree Newsome hasta el asta de la bandera en el Capitolio del estado de Carolina del Sur para bajar la bandera confederada después de la muerte de nueve personas en la Iglesia Metodista Episcopal Africana Emanuel. La furia negra está de vuelta; arranca de raíz la supremacía blanca y exige un cambio en los Estados Unidos.

Ese movimiento, conocido en todo el país y en el mundo como “*Black Lives Matter*” (“Las vidas negras importan”), marca una

agenda que exige que se haga frente a la violencia policial, la discriminación racial y la desigualdad racial en el escenario político nacional. Cuando los afroestadounidenses sienten la furia negra, esa furia se organiza y se expresa radicalmente. Eso es lo que sabe hacer mejor: cambia la conciencia y hace que las necesidades y las preocupaciones de los negros estadounidenses sean parte del cuerpo político. Hizo que la presunta candidata presidencial demócrata Hillary Clinton le prestara atención, obligó a conmoverse hasta a Obama. En la convención de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP por sus siglas en inglés) de 2015, el presidente pronunció su discurso más fuerte sobre la reforma de la justicia penal y pidió el fin del encarcelamiento masivo, la reducción o eliminación de la sentencia mínima obligatoria, la restauración de los derechos al voto de los que pasaron por la cárcel, el fin de las violaciones en las cárceles, y más; sin el agregado moralizante sobre los pantalones caídos, los padres desaparecidos y la manera de “actuar como blancos” del que después se hizo tan fanático. Es cierto, tal vez, se haya perdido una oportunidad en los días posteriores a Katrina, cuando todavía resonaban las palabras “A George Bush no le importan los negros”. Pero una década después, la reaparición final de la furia negra en la esfera política está lista para hacer que los Estados Unidos se enfrenten a su pasado y su presente racistas. O para quemarlos en el intento.